

Me desperté el 24 de febrero del 2022 y la guerra ya había comenzado. La Federación Rusa llevaba a cabo lo innombrable, lo que pocos creían que fuera a acometer nunca: invadir Ucrania con violencia y ferocidad. El mundo había cambiado por completo, las viejas seguridades ya no existían. Todo estaba abierto, todo era posible. Hasta lo más terrible.

Yo mismo no podía creerlo. No había contado con ello. ¿Cómo iba a dar Vladimir Putin un paso que era tan claramente equivocado, tan falto de sentido? Ninguna de las ventajas económicas o geoestratégicas imaginables podían llegar con esa invasión. A no ser que el Estado ucraniano se desmoronara y desapareciera al paso de los tanques. Algo que, quien conociera bien Ucrania, sabía que no iba a pasar. Pero puede que ese fuera el cálculo del liderazgo ruso, el objetivo sin declarar que salió mal.

El símbolo Z

En las imágenes de televisión, en las fotografías difundidas por Twitter o Facebook, un símbolo militar, una «Z» en blanco pintada en los vehículos militares rusos que invaden Ucrania. Parece que tiene un significado propio, de diferenciación de vehículos con los del enemigo. Pero de inmediato, impulsada por la propaganda estatal, la «Z» se convierte en el símbolo del apoyo a la invasión entre la población rusa. Aparece por todas partes, en camisetas, en *souvenirs*, en las calles, en los teatros. Los niños en las guarderías y colegios forman una zeta cuando se ponen en fila, aleccionados por profesores o funcionarios. *Flash mobs* en las calles, en centros comerciales o en plazas con estatuas muestran los cuerpos de las personas construyendo zetas. Hay grandes telones con la última letra de nuestro abecedario en los escenarios que sirven de fondo a actuaciones musicales. Unas bailarinas de *ballet* clásico, en vez de interpretar *La muerte del cisne*, se disponen en Z, de puntillas, sin importarles la sordidez de mezclar el arte con la propaganda.

Pero hay resistencias. Una Z instalada en una plaza es destruida por la noche. Un grupo de rock

famoso se niega a tocar con la Z detrás. Una mujer, en una entrevista televisiva, bromea diciendo que a los autores de la Z se les ha olvidado la otra ala de la esvástica nazi. Pero son menudencias. Como una plaga, la Z invade el paisaje ruso y oculta las disidencias.

Es 2022 y la Rusia de Putin ha acabado desembocando en un régimen de ansia totalitaria y nacionalismo imperial. La población —que en principio se siente confundida— comienza a agruparse en torno a su líder. Comienzan manifestaciones en contra de la guerra, pero son rápidamente descabezadas. Una represión intensa y eficaz elimina toda posibilidad de mostrar disenso, unas rápidas leyes persecutorias acabarán con la esperanza de un movimiento que impida la marcha de la guerra. Es otra Rusia nueva la que surge del ataque. Una Rusia oscura, que estaba agazapada, como esperando salir de las sombras.

Sin embargo, Rusia no es ya aquel país misterioso ni desconocido de la Guerra Fría. 2022 no es 1937, aunque pudiera parecerlo. La sociedad rusa es mucho más compleja de lo que las caricaturas de los medios y las propagandas de uno y otro lado puedan hacer creer. En algunos aspectos la sociedad se ha ido cerrando, sobre todo desde 2014 y la anexión de Crimea. En otros, ha seguido siendo una sociedad creadora y palpitante, llena de posibilidades. Si

queremos entender la guerra, habremos de entender a una sociedad que, no hay duda, ha estado a favor de ella casi desde el principio. Debemos comprender el porqué.

Desde la crisis del Parlamento ruso en 1993, tras el colapso del sistema y el inicio de las nuevas reformas institucionales, Rusia entró en una época de intentos de estabilización bajo Yeltsin que acabaron con una verdadera crisis sistémica en 1998. A partir del año 2000 se produjo la estabilización y consolidación del Gobierno de Putin que fue amenazada por la crisis económica mundial en 2008 y por una oleada de protestas en 2011. Esta época se cerró con una movilización nacionalista a partir de 2012 que, después de la anexión de Crimea y la intervención en el Donbás concluyó en la invasión de Ucrania en febrero del 2022.

Por eso, comoquiera que haya sido, parece que febrero de 2022 marcará un final. Se acaba definitivamente la sociedad rusa como sucesora de la soviética y se abre paso a una *sociedad Z*, nacida con Putin, no tanto en edad como en consciencia. Una sociedad que es capaz de asumir la violencia imperial generada por la nueva idea de Estado. En un libro anterior (*El nacionalismo ruso moderno*, Báltica 2020) describí cómo se había forjado esta idea estatal, nacionalista,

de Putin. Apunté allí todos los elementos que conducían hasta el estallido de la invasión. Pero no supe ver —como casi nadie supo— que los dados del nuevo imperialismo ruso ya estaban echados.

La democracia rusa que surgió tras la perestroika supo copiar las formas externas de las democracias liberales pero muy pronto, a partir de la crisis parlamentaria de 1993, en la que el presidente Yeltsin mandó bombardear el Parlamento ruso, el sistema político viró hacia el autoritarismo. El propio Yeltsin impuso una Constitución presidencialista que le concedía amplios poderes. Esto contrastaba con su debilidad propia y con los mecanismos libertarios que la perestroika había instaurado, que permitieron que esa época fuera, con toda certeza, una época de libertad cultural, social y de opinión inigualable. Los tropiezos económicos, las rémoras del pasado y los dolores de la transformación del sistema impidieron por supuesto que esas libertades se disfrutaran en un contexto adecuado. Pero, sin duda alguna, desde Octubre de 1917 no ha habido época más libre en Rusia.

La realidad política rusa se ha definido como alguna forma de democracia con adjetivos: «democracia gestionada», «régimen híbrido», «democracia iliberal». A partir de la última década se ha acabado por entender el régimen de Vladimir Putin como un

tipo de régimen autoritario, distinto a los anteriores, pero progresivamente más riguroso. Se ha pensado a veces que se trataba de un intento de modernización autoritaria, aunque las opiniones variaban sobre si se trataba de una reactivación del régimen soviético o de un tipo de política autoritaria dentro de un Estado en principio liberal. En este libro se despliega mi impresión de que el autoritarismo se ha convertido en totalitarismo, de que la progresiva incursión del régimen en cada vez más ámbitos de la vida de los rusos ha degenerado en un sistema en el que el individuo está —de nuevo— por debajo del Estado y de la idea del Estado.

Este libro es un libro urgente, que surge de la necesidad de explicar cómo se ha formado esa sociedad y cómo ha llegado esta —aparentemente— a aceptar la visión del mundo de Vladimir Putin y su programa imperial máximo. Utilizo aquí tanto mi experiencia personal de Rusia —un país que conozco y amo desde hace treinta años— como los resultados de investigaciones, de clases impartidas, de lecturas, de viajes, de charlas. Se ha escrito en un momento en el que buena parte de lo aquí narrado ha comenzado a desaparecer. Desde el comienzo de la guerra contra Ucrania, el 24 de febrero de 2022, al menos 150 000 informáticos han huido de Rusia. Miles de artistas, activistas políticos y sociales, profesores

de universidad, jóvenes científicos, o miembros del movimiento LGTBI+ se han unido a la diáspora de quienes, en los últimos años, habían ido escapando de una sociedad cada vez más cerrada y hostil. Ya no se trata siquiera de buscar una posibilidad de ganarse la vida —la Rusia de Putin, pese a todo, ha podido mantener el nivel económico— sino del agobio y el hostigamiento de una sociedad cada vez más intolerante. Es por eso por lo que buena parte de lo que aquí se lea adoptará el tono amargo de lo que se ha perdido. De lo que ha pasado irremediabilmente.